

Augusto d'Halmar

Rubén Darío y los americanos en París

A EUGENIO ORREGO VICUÑA

Los americanos que iban a París, después de encaramarse en la Torre Eiffel y de trepar a las de Nuestra Señora; tras de haber visitado más o menos rápidamente, el Museo del Louvre, con detención obligada ante la Victoria de Samotracia, la Venus de Milo y la Gioconda, las diosas de tres civilizaciones; y, sobre todo, una vez saciada la curiosidad de conocer el Moulin Rouge y el de la Galette y aquellos absurdos cabarets de Clichy llamados del Cielo o del Infierno; y de haber recorrido toda la escala de restaurantes, desde la Tour d'Argent y La Perousse al borde del Sena, hasta «Le Lapin Agile» en las alturas de Montmartre y toda la gama de las tabernas, desde el Café de la Paix, en la esquina de la Opera, pasando por los de la calle de Monsieur-le-Prince, en pleno Barrio Latino, hasta la «Closerie des Lilas», junto al Luxemburgo, solían volverse patriotas y se reunían antes de almuerzo, en el Crédit Lyonnais de los boulevares, para averiguar las cotizaciones y conversar de sus respectivas patrias. Decían los limeños que preferían Lima tan chiquito, a París, tan grande, porque en la ciudad de los Virreyes perduraban más restos coloniales; los bonaerenses añoraban su Avenida Mayo y tampoco la cambiaban por los Campos Elíseos; en cuanto a los chilenos, menos orgullosos y con menos razón de serlo, se contentaban comparando la Canción Nacional con la Marsellesa y daban a entender que por ahí por ahí, andaban ambos,

himnos, los cuales, en un concurso no sé dónde ni cuándo, se habían llevado los dos primeros premios.

Pero ni los argentinos, ni los peruanos, ni nosotros, pedíamos enorgullecernos, como los centroamericanos, de una cosa viva y suya, un poeta llamado Rubén Darío y, poco a poco, todos empezamos a mirarlo como nuestro también para tener en París algo propio que admirar. ¿Acaso no había escrito en Chile sus primeros versos y ganado su primera fama, y acaso no seguía escribiendo para *La Nación* de Buenos Aires? Tan sólo los limeños creían tener algo más importante, en el autor de sus «Tradiciones», aquel mismo que mentaba a Rubén Darío, Don Darío Rubén. Entonces se puso a la moda de los turistas pseudo intelectuales, tratar de tratar al Verlaine nicaragüense, ya que el propio Verlaine acababa de morir en una casa dudosa de la calle Cardenal Lemoine.

Esta admiración colectiva de los hombres de habla hispana, por el poeta de su raza, venía a ser, asimismo, un desagravio a la ignorancia de los franceses al respecto. La famosa Rachilde lamenta, en una de sus libros, haberle sido dado conocerle y no haberse dado cuenta de quien se trataba «y eso que éramos nacidos bajo igual horóscopo, es decir, en el mismo mes del año». Los más ramplores rimadores parisienses, como ser Armand Silvestre, Catulle Mendès, o el entonces Príncipe de los Poetas, sucesor de Mallarmé (¿era Leon Dièrx?) cuyo nombre ya se nos escapa, tenían derecho, por su vanagloria, de menospreciar la gloria de ese extranjero, y él, en cambio, estaba en la obligación de acatarlos, porque representaban otros tantos de esos «artículos de París», hechos con nada, como los juguetes, o los gemelos, tirabuzones y desmanches de los charlatanes del Faubourg, donde se confunde el genio o con el ingenio.

Rubén Darío, cuando nos conocimos, presentados uno al otro por nuestro compatriota Contreritas, o sea Francisco Contreras «del *Mercur* de France», según rezaban sus tarjetas, vivía en la rue Herschel casi al ángulo del Boul Mich o Bulevar Saint Michel de los estudiantes y a poco trecho de una Cremería Moderna del N.º 127, donde comían casi todos los artistas sudamericanos, a 0.90 céntimos el cubierto, todo comprendido, o sea: una entrada, un plato de legumbres, uno de carne con lo que fuera, postre, café y vino. Y desde que empezamos a frecuentarnos, más de una vez, en vez de hacer

cola en la cremería, yo me iba a hacer tiempo a la vecina casa de Rubén, donde Francisca Sánchez me retuvo más de una vez a su mesa.

Habían fundado en París los hermanos Guido, los mismos que contrataron a Rubén para su desastrosa jira por América, la revista «Mundial» y habíanla puesto bajo su dirección; pero surgieron dificultades de orden económico entre los editores y el director, y una tarde nos fué dado acompañar a éste donde aquellos. Por primera y, acaso, única vez, el manso poeta montó en cólera jupiteriana contra sus explotadores y los fulminó con los rayos de su indignación. Volvimos triunfantes, pero sin blanca, a la casa de la calle Herschel y entonces Darío, que había tenido tiempo de desmontarse y que temía más que a nadie a su ama de gobierno, me suplicó no lo dejara antes de haberle explicado cuanto acababa de pasar en presencia mía, «porque a mí no me lo creería». En efecto, me costó Dios y ayuda intervenir entre amo y criada y hacerle comprender a ésta los motivos por los cuales volvíamos con las manos tan limpias como vacías; pero cuando la paisana de Santa Teresa se hizo cargo de las cosas, hasta lo felicitó «por haber puesto en su lugar a esos facinerosos».

No siempre lograba conciliarse el buen sentido sancho-pancesco de la dueña, con las qui jotadas de su señor y dueño y por eso éste, en esos como fulgurantes eclipses que venían a ser sus embriagueces, le achacó la intención de querer envenenarlo arteralmente. Y como alguien protestara en defensa de la inofensiva y abnegada Francisca: «¡Francisca! ¡Francisca!—rezongó entre dos hipos Rubén— hacen tres siglos se llamaba Frasquita la Abulense y, siendo yo inquisidor, la mandé quemar por sus malas artes; por eso, y no por otra cosa, quisiera vengarse de mí ahora que me tiene en su mano».

En otras ocasiones, la paz reinaba entre ellos, sobre todo cuando no faltaban los recursos. Una de las tantas veces que me llegué por su casa, para esperar mi vez en la cremería de Mademoiselle Sylvie Leclerc, Darío me acogió con desusado alborozo.

—Figúrate, me explicó, que anoche al recogernos, llamó un inglés, pero uno verdadero y preguntó por mí con pelos y señales. Francisca lo hizo pasar y yo salí en bata. «Por encargo de la Windsor-Soap,—me dijo—vengo a pedirle unos versos sobre nuestro jabón». Y, como yo vacilara pensando

le iba a cobrar la enormidad de dos o trescientos francos, él abrevió aclarando que estaba autorizado por la fábrica para pagarme ¡hasta cinco mil francos! y me los pagó anticipados.

—Tu comprendes, añadió con toda seriedad el poeta, que de aquí en adelante, yo no pienso escribir versos sino para Inglaterra...

En efecto, como al subsiguiente día, Domingo, yo pasara por la rue Herschel, ví salir de la casa a un inconfundible cochero, con su esclavina y su alto sombrero de forma de latón, llevando en brazos a Rubencito; Francisca seguía en pos, con un enorme cesto de merienda, y cerraba la marcha Rubén abrazado estrechamente a una botella de ajeno. Era, pues, la clásica excursión dominical a Robinson, para celebrar la rumbosidad de Windsor.

¡Rubencito! En Madrid «servía al Rey», es decir, hacía su servicio militar, hacen unos 18 años, mientras su madre, casada en segundas nupcias con el alcalde de Villacastín en la Provincia de Avila, había vuelto a ser la serrana de siempre, entre esos riscos de Gredos, donde descuella el Pico de Almanzor. Y era emocionante que el alcalde-consorte, se enorgulleciese de su especie de parentesco con su predecesor y tratara de administrar según sus luces su propiedad literaria, debatiéndose de cuando en cuando en la corte, con editoriales y otros cuervos.

Otro Rubén me fué dado conocer, del matrimonio nicaragüense de Darío. Venido a España, a estudiar, creo, medicina, coincidió con la apoteosis que se le tributaba a su padre y quiso conocerlo, para lo cual se presentó en el hotel donde se hospedaba y le hizo pasar su tarjeta.

El poeta, que se hallaba, como casi siempre, a medios pelos y que no tenía en ningún modo presente la existencia de ese su otro vástago, dió vuelta varias veces entre los dedos aquella cartulina con su propio nombre y acabó por decirle al criado:

—Rubén Darío soy yo; dígame a ese suplantador que se busque otro nombre menos célebre.

Acabó, sin embargo, por deshacerse el malentendido. Y en París anduvimos cierta tarde, de juerga, el auténtico y el apócrifo Rubén Darío y yo. Habíamos comido en Pigalle y recuerdo que, volviendo en coche, todavía de caballos y

con su respectivo automedonte, el joven lo hizo parar en la Plaza Blanche y se despidió de nosotros.

En la penumbra del carruaje quedamos solos con Darío y todavía no se reanudaba la marcha, cuando oí su voz, entre irónica y desamparada:

—¿No es un águila, verdad? me dijo refiriéndose al que acababa de dejarnos y a las muchas banalidades que nos habíamos visto obligados a escuchar.

¡No, ciertamente, ese hijo del vate aquilino, no era ni con mucho un aguilucho!

La resistencia física, casi indígena, de Rubén Darío, minada por el uso y abuso del alcohol bajo todas sus formas, había concluido por ceder. Ya no era el alegre y despabilado charlador y bebedor de cuando presentó sus credenciales en España y, so pretexto de «velarse a sí mismo» permaneció en vigilia toda la noche víspera de la ceremonia, rodeado de comensales. Hasta que, llegado el día, procedió a vestir el uniforme diplomático, entre la algazara de sus bohemios contertulios y, enredándose en el espadín, arrastrando la capa, rozando las plumas del sombrero apuntado, subió a la carroza de gala que venía a buscarle, con una escolta de húsares; pero a medio camino hubo de hacerla detenerse y mandar volver un propio a mata caballos, pues el Excelentísimo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario había olvidado sus credenciales y el texto del discurso de estilo. Y por cierto que al respondérselo el Rey, entonces jovencito, puso en el suyo cosas de su cosecha y fuera de tiesto, si no de protocolo, pues habló de los versos que le dedicara el poeta, mucho antes de ser cortesano. Se infringía la severa etiqueta de los Austria, en honor del Indio Inspirado, el Inca Garcilaso redivivo.

Poco a poco habían venido debilitándose en Rubén las facultades de atención y dominio sobre sí mismo. Diríasele en cierto modo ya «pasado», pues le bastaba un sorbo para perder el control y caer en obscura inopia. Así, cuando accedió a acompañarme a nuestra Legación, donde don Federico Puga Borne, quería refrescar su amistad de jóvenes en Santiago de Chile. Para aceptar la invitación, él tan retraído, la había condicionado pidiéndomela de la mayor intimidad; pero el Ministro de Chile en Francia no pudo substraerse al deseo de muchos connacionales de ver de cerca a Darío, y cuando él y yo llegamos, los amplios salones estaban de

fiesta. Cuando pasamos a la mesa, ya el agasajado había recaído en una de sus ausencias. Y cuando nos retiramos, yo lo sujetaba por el brazo, pues pretendía que cada kiosco iluminado era un hotel, donde podía detenerse.

Seguíamos a pie los muelles a lo largo del Sena. De pronto mi acompañante, que se dejaba remolcar a regañadientes, se paró en seco:

—¿Dónde estamos?, me interrogó.

Levanté la cabeza:

—Llegando al Louvre, le repliqué.

Acabábamos de cruzar la interminable Plaza de la Concordia y seguimos en silencio, un rato.

—¿Y ahora?, tornó a inquirir mi Ciríneo.

—Ahora, dije, estamos pasando el Louvre.

Nuevo deambular en silencio, nueva detención y nueva pregunta, pero esta vez en tono amenazador.

—¿Y ahora, quieres decirme por dónde andamos?

—Siempre por el Louvre, afirmé casi avergonzado.

Entonces Darío no pudo más y estalló en una airada protesta.

—¡El Louvre, el Louvre, siempre el Louvre! ¡Sólo a los franceses se les ocurre hacer palacios tan grandes!

Donde mejor me imagino al divino (y la palabra vino entra en esta palabra) es en otro café del Bulevar Saint Michel, frente a la estatua del Arcángel, llamado por nosotros, no sé por qué, «Agencia Havas». Tardé en darme cuenta que este letrero, escrito en todos aquellos establecimientos donde hay una Guía Bottin, no le era exclusivo; pero es el hecho que nosotros lo distinguíamos por ese nombre de sus cien mil similares.

Acudí cierta noche a despedirme de la tertulia, porque al día siguiente debía irme de París, no sé dónde. Sólo hallé a Amado Nervo y a Darío y les conté mi viaje.

—¿Qué harás, me interrumpió Rubén, de aquel vino que tú llamabas «terciopelo de los dioses»?

—Quedan pocas botellas. Se las dejaré a mi portera.

—¡Nó en mis días!, protestó mi interlocutor. Nos las beberemos juntos y te haremos compañía hasta que mañana salga tu tren.

Así se hizo. En aquel quinto piso del Muelle de los Celestinos, con vista al Sena y a la Isla San Luis, que después heredó

Jean Cassou y donde tantas veces acudió, entre otros, don Miguel de Unamuno, hicimos sendas fogatas con toda la leña que quedaba; pusimos en baño de María una media docena de Medoc, abrimos conservas y, mientras yo departía con Nervo ante la chimenea de mi escritorio, ante la de mi pieza se quedó Rubén ensimismado; de pronto le vimos irrumpir y nos leyó un soneto que me dedicaba y que, al visitar los campamentos, durante la guerra de Africa, me hallé pegado en recorte en una tienda de campaña, donde los aburridos soldaditos se lo habían aprendido de memoria, unos tras otros, con apuestas de quién se la ganaba a quién.

Como Píndaro tiende hacia el viento que sopla,
La vela de su nave, que es una carabela,
De Cortés, por audaz, y de Constantinopla,
De París, y de la India. Su palabra que vuela

Sutilmente, recuerda la cálida copla
De España; su ascendencia un gran misterio vela.
¡Quién sabe cuál caballo dominó su manopla!
¡Quién sabe los encantos que su sonrisa anhela!

Encaneció muy joven, vivió su hora intensa
Ebrio de hallar su vida, por tan humana, inmensa,
Y adolescente supo de las iras del Mar.

Por eso cuando muera, dirá la Fama; ¡Nunca
Fué una vida tan bella, a pesar de ser trunca,
Como de este gran nómada, Don Augusto d'Halmar!

A Nervo no consiguieron entusiasmarle estas ricas rimas, donde se habían agotado, por ejemplo, los consonantes en opla; adujo que él me veía menos superficialmente. Y entonces, bajo nuestros ojos, compuso a su vez aquellos otros famosos versos que aparecen en la edición española de *El Arquero Divino*:

Sobre tu frente gravita
la infinita
pesadumbre secular.

Buscas tu ensueño ultra-humano,
en tierra lueña, en mar lejano;
¿Lo encontrarás?

Hermano extraño, errabundo,
¿de qué estrella has caído al mundo?
¿sabes siquiera dónde estás?

Hacen cruz nuestros caminos;
bebamos juntos los *vinos*
del Adiós.

Yo te emplazo en una cita,
sobre la arena infinita
sideral...

Así, con un impensado e inesperado calderón, concluye esta composición de composiciones que, al contrario, logró entusiasmar a Darío.

He querido transcribirlas ambas, porque es raro hallar a dos grandes poetas ante un mismo modelo y porque, emplazado en una cita, a la cual ambos han concurrido ya, sólo a mí me me falta acudir, «sobre la arena infinita - sideral».

Anduve el camino, a pasos contados y, paso a paso, no tardaré en desandararlo. Entre tanto, valga esta evocación íntima e inédita del Hermano Mayor y del Hermano Menor que, en cuanto a mí, ¡pobre de mí!, nadie va quedando ya para evocarme, cuando pronto haya que hacerlo...